

# PRESENTACIÓN

## IMÁGENES CORPORALES Y CULTURA DE MASAS

Elsa Muñiz\*

Llovía en Nueva York, era el verano de 1969, casi 500 mil jóvenes celebraban la mayor fiesta de la que se tenía memoria. Durante tres días, hombres de cabello largo y mujeres con el torso desnudo compartieron lo que para muchos fue el hecho más significativo de la contracultura y de la llamada “era hippie”: los mejores grupos de rock, la música psicodélica, los alucines por LSD y, sobre todo, “peace and love”, hicieron el amor y no la guerra. El festival de rock de Woodstock, fue sin duda, una de las expresiones más significativas de la cultura de masas que llegó para quedarse en las sociedades contemporáneas.

La cultura de masas tiene lugar en el momento en el que las masas entran como protagonistas en la vida social y participan en las cuestiones públicas. Estas masas han impuesto a menudo un *ethos* propio, han hecho valer en diversos períodos históricos exigencias particulares y han puesto en circulación un lenguaje propio (Eco, 2006: 42). A partir de los años sesenta, a través de diversos medios se ha

registrado tal participación, creando al mismo tiempo un nuevo sujeto social que es el espectador.

La cámara fotográfica, uno de los instrumentos más significativos, captó los inéditos sucesos de la década y parecía documentar los hechos decisivos,<sup>1</sup> y cruciales definidos por la presencia colectiva del cuerpo humano: el movimiento norteamericano de los derechos civiles, y en él, el cuerpo de la negritud y las minorías étnicas; los asesinatos políticos (John F. Kennedy, Martin Luther King, Malcom X) y en ellos, el cuerpo físico de la política y los magnicidios; la guerra de Vietnam, y en ella, las bolsas de los cadáveres y el conteo de los cuerpos para definir la derrota de los Estados Unidos frente a los vietnamitas, los cuerpos mutilados de los excombatientes y los cuerpos violentados de las víctimas de la sociedad civil; los movimientos pacifistas y las expresiones estudiantiles en diversas latitudes y en ellos el cuerpo torturado o desaparecido de los jóvenes; el feminismo de la “nueva ola” y

\* Profesora-Investigadora de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco; Doctora en Antropología y Maestra en Historia; Especialista en estudios de la Mujer.

<sup>1</sup> Sobre este tema la escritora norteamericana Susan Sontag escribió, entre 1973 y 1974, una serie de ensayos que más tarde (1978) publicaría en un libro titulado *On Photography*.

las mujeres víctimas de abortos mal practicados y la búsqueda del derecho a decidir sobre su propio cuerpo.

Al mismo tiempo, los espectadores se asombraban ante la “degeneración” de los jóvenes; se indignaban ante las escenas dantescas de la guerra de Vietnam; se alarmaban de la ola de asesinatos que el mundo civilizado provocaba y se adherían o rechazaban los planteamientos de las mujeres que tiraban el sostén en manifestaciones multitudinarias. Aparece también. De manera simultánea, una masa protagonista frente a un sujeto pasivo, inmóvil, en espera permanente.

Muchas otras manifestaciones de la cultura de masas derivadas de los acontecimientos que caracterizaron la década de los sesenta, incidieron en el cuerpo. Para demostrar su descontento con los valores dominantes de la sociedad conservadora, los hombres se dejaban crecer la barba y el cabello, las mujeres usaban minifalda y, entre las críticas a lo establecido, surgía una apariencia humana que tendía a borrar las diferencias entre hombres y mujeres: el andrógino envuelto en ropa unisex.

La acción determinó a los nuevos sujetos de la contracultura quienes cuestionaban la vida urbana y mercantil y en su lugar proponían el regreso a la tierra y a la naturaleza, de la cual el cuerpo desnudo formaba parte. Se estableció una especie de culto al cuerpo que se manifestaba en la música *rock* y *folk*, y nada menos que en el consumo de drogas en busca de nuevas experiencias sensibles y eróticas, ya que la marihuana, el LSD, los hongos alucinantes y el peyote alteraban y potenciaban la conciencia del cuerpo. La contracultura produjo una atmósfera de libertad corporal, sexual y erótica que en parte se debía al acceso que sobre todo

las capas medias de la sociedad tenían a los anticonceptivos.

En el arte, se abandona el expresionismo abstracto de los cuarenta y cincuenta y se acerca más a una expresión literal y concreta de la realidad, donde las imágenes corporales se convierten en parte del llamado *pop art* de Roy Lichtenstein, James Rosenquist y en particular de Tom Wesselman y Andy Warhol fundador del estudio conocido como “*The Factory*”, lugar al que acudían artistas, escritores y músicos para compartir las ideas que Warhol plasmaba en sus pinturas en las que recreaba temas sobre los productos de consumo masivo como la coca-cola, las sopas enlatadas, los supermercados y la ropa con colores psicodélicos. El *American pop* se apropió de las imágenes corporales que eran exhibidas tanto en las tiras cómicas como en la publicidad y las fotografías que ilustraban los diarios.

En una vinculación significativa, producto de los años de la contracultura, los debates por la liberación sexual y el papel cada vez más visible de las mujeres, gran cantidad de ellas pasaron a un primer plano en el mundo del arte, produciendo nuevas expresiones como el *performance*, el *body art*, y el video. Utilizando su propio cuerpo como medio y sujeto, las artistas intentaron tener un control sobre él, y exploraron directamente la experiencia única de su género, como Carole Shneemann, quien en 1975 en un *performance* extrae un rollo de su vagina afirmando su ser mujer, de una manera coherente con el feminismo de la época; o el caso de Hannah Wilke quien fotografió su cuerpo semidesnudo después de cubrirlo con pequeños trozos de chicle ya masticado y doblado insinuando genitales femeninos, su intención era dar forma visual y

física a la conversión en fetiche del cuerpo bajo la mirada de las mismas mujeres (Pultz, 2003:128, 130).

Y finalmente, la francesa Orlan, cuyos *performance* se referían a su cuerpo como una unidad de medida, mismo al que sometía a intervenciones quirúrgicas en las que desafiaba a ese dolor al que se había sentenciado bíblicamente a las mujeres, o al cuerpo de la contra-belleza al que realizaba modificaciones o introducía algún implante que la hacía lucir contraria a los patrones estéticos impuestos por los *mass media*.

Así, a pesar de la idealización que la contracultura hacía de la naturaleza y en su afán por volver a la tierra, se naturalizaba el cuerpo concibiéndolo como hecho objetivo, como la carnalidad pura, el cuerpo se presentaba cada vez más como un campo de elaboración discursiva que no cabe interpretar más que a la luz de los temores, los conocimientos, los intereses, los tabúes y la imaginación de cada época.

Efectivamente, cada época y cada discurso han querido ver un determinado cuerpo susceptible de ser descifrado: en una imagen, en un conjunto de ellas, en un discurso o en un condensado de ellos. La construcción cultural del cuerpo traduce la percepción de su condición física, al mismo tiempo, esta visión del cuerpo material pone de manifiesto una determinada concepción de sociedad.

En cada sociedad y contexto cultural, el cuerpo tiene un itinerario ya definido, para lo cual hay fórmulas y saberes desde los más sofisticados y científicos, elaborados por los intelectuales, hasta los más cotidianos y populares que pasan por los mitos y las tradiciones. Cada sociedad requiere un tinte particular para los cuerpos

porque su puesta en escena presupone la representación estética adecuada, anticipando los comportamientos, el aspecto externo, los géneros, las razas, las edades, la figura, las percepciones o estilos de vida, y la particular relación con los otros lo mismo que con el poder, la muerte y la naturaleza.

En las sociedades contemporáneas, la producción comercial de artículos de consumo culturales se ha vuelto corriente y en consecuencia ha propiciado el aumento de su influencia sobre los individuos. Este proceso no ha quedado limitado a la cantidad sino que ha dado lugar a nuevas cualidades. La cultura de masas ya no está limitada a ciertas formas como la novela o la músicaailable, puesto que se ha apoderado de todos los medios de expresión artística, incluyendo el *comic*, la moda y la pornografía.

La estructura y el significado de estas formas presentan un asombroso paralelismo, incluso cuando parecen tener poco en común en la superficie. Su producción ha aumentado de modo tal que se ha hecho casi imposible eludirlos; e incluso aquellos que antes se mantenían ajenos a la cultura de masas, la población rural, por una parte, y los sectores muy cultivados, por la otra, ya participan de ella.

El surgimiento de la radio como un mecanismo de telecomunicación y más tarde, hacia la segunda mitad de los años treinta como un fenómeno comercial de difusión masiva, significó un cambio sustancial en la homogeneización de patrones culturales occidentales a partir de la música, de los programas dirigidos a las amas de casa, de las radionovelas que difundían valores sociales y con ellos los modos de vivir y pensar de una época. No

obstante, los medios impresos y el cine permitieron capturar las imágenes corporales que se convirtieron en modelos y patrones estéticos adoptados por hombres y mujeres, en particular de los sectores medios de la sociedad.

Por otro lado, como bien señala Humberto Eco, analizar la televisión como uno de los eventos masivos más significativos del siglo XX permite advertir la manera en la que las imágenes corporales difundidas por este medio participan de las construcciones identitarias y subjetivas de los individuos. En las sociedades contemporáneas el cuerpo de los sujetos representa algo más que sus capacidades físicas, adquiere una importante significación para su propia existencia al tener la posibilidad de construirse de la manera en la que le gustaría ser. En la actualidad, se concibe “lo individual” como responsabilidad del propio actor, el cuerpo es una hechura más del proyecto identitario de una persona.

La sociedad prepara e incita a los individuos para conseguir un cuerpo que luzca joven, delgado, sexual y exitoso, mientras que el cuerpo viejo, enfermo o discapacitado, no es digno de mostrarse. Esto, indudablemente, presenta un avance en la concepción de la identidad como un proyecto al reconocer al cuerpo como parte fundante de la identidad de los sujetos.

A partir de los años ochenta, la preocupación por el cuerpo trasciende la vida cotidiana, las imágenes corporales que difunden los medios masivos de comunicación transmiten ideales de belleza cada vez menos posibles de alcanzar, cuerpos esbeltísimos, rostros con facciones estilizadas y muy al estilo anglosajón; cabellos rubios, donde los tintes hacen de las

mujeres morenas, de color, indígenas “la mujer *Clairol*”; el ideal de los ojos de color promueve la comercialización y el consumo de “lentes de contacto” para hacer cambiar la apariencia tanto femenina como masculina, y no hablaremos en este espacio de la cirugía cosmética que de suyo es un tema que debe tratarse aparte.

Así, en la modernidad tardía el cuerpo material es reemplazado por el cuerpo como metáfora, se mantiene el conflicto entre pensar el cuerpo en su carnalidad, como un ente dado de una vez y la concepción de que el cuerpo es un proceso o ente en permanente construcción. Por un lado, el cuerpo es tratado como un lugar ideal desde el cual criticar a la filosofía de la Ilustración y su tendencia a privilegiar la negación del cuerpo, a sobreestimar la experiencia masculina y la de las elites occidentales. Por otro lado, los estudiosos contemporáneos inspirados en Foucault, toman el cuerpo como un lugar por excelencia para explorar la construcción de diferentes subjetividades así como para reconocer la labor minuciosa del poder disciplinario actuando sobre el cuerpo.

No obstante, el cuerpo es también la metáfora del objeto de consumo, no sólo individual como el que realizan los traficantes de órganos, sino de consumo masivo como el que se lleva a cabo a través de la pornografía e incluso por el *pop art*, como el del fotógrafo Spencer Tunick, que consume cuerpos y comercializa cuerpos fotografiándolos y difundiendo los.

Naief Yehya ha señalado en un interesante texto titulado *Pornografía. Sexo mediatizado y pánico moral*, que los millones de fanáticos de la pornografía solamente se explican concibiéndola como un fenómeno amnésico, una especie de

agujero negro sin pasado ni futuro, un territorio sin historia que los sujetos recorren repitiendo sus pasos uno a uno, infinidad de veces, como si lo hicieran siempre por primera vez (Yehya, 2004: 9). La pornografía pertenece a un tipo de "obras" que se considera corporales porque provocan reacciones físicas, o bien reflejos aparentemente instintivos, pero realmente condicionados culturalmente; la pornografía, afirma Yehya, se encuentra emparentada con el horror o el melodrama, los géneros de las secreciones, los cuales tiene como finalidad hacernos llorar, segregar adrenalina o tener orgasmos, está caracterizada por hacer del sexo un espectáculo.

La mediatización del cuerpo-sexo sincroniza el orgasmo del espectador con las imágenes y convierte a la cámara y la pantalla como extensiones genitales: en tanto que los actores-modelos que actúan en las cintas, videos o fotografía, ya sea en el cine, en los medios impresos o en la computadora, han modificado sus cuerpos, a través de la tecnología (cirugía, implantes) en aras del espectáculo visual y se han convertido en auténticos símbolos de rendimiento óptimo y mecanizado de la sexualidad. La tecnología, sin duda, penetra cada vez más en los cuerpos de los sujetos, y en este caso, en el cuerpo-sexo, teniendo una resonancia cada vez mayor en una sociedad influida por la estética de la pornografía.

Así, tanto espectadores como actores, son una especie de *cyborgs*, esos individuos transformados por la tecnología, creando un sistema en el que actúan y se retroalimentan elementos mecánico-electrónicos y partes celulares. No obstante, según David Le Breton, el *cyborg* marca el retroceso del cuerpo y su perfecciona-

miento técnico en busca de mejores resultados en la vida cotidiana o profesional, en la salud, en la guerra; la eficacia en la acción o en sus pensamientos. Las computadoras y sus programas regulan fuera del cuerpo sus funciones fisiológicas; las prótesis se integran a las operaciones orgánicas desplazando lo biológico. La supresión de las fronteras entre lo artificial y lo vivo se traducen en la fabricación de biomateriales o en la conexión de terminaciones nerviosas o musculares con materiales mecánicos o electrónicos, generando un nuevo mundo de sentidos.

Considerando la importancia que tiene el cuerpo y en particular las imágenes corporales difundidas por los medios de comunicación masiva, es decir, el cuerpo como protagonista de la cultura de masas, en particular de la segunda mitad del siglo XX a la fecha, presentamos un conjunto de trabajos que se inscriben en la nueva tendencia de los estudios culturales preocupados por describir, explicar y analizar la importancia que ha adquirido el cuerpo de los sujetos como una metáfora de su agencia en una sociedad cada vez más masificada en la que el anonimato es el sino de la era. Algunas de estas investigaciones se encuentran en curso, algunas otras son productos intermedios de estudios más amplios, otras fueron presentadas en su primera versión como ponencias presentadas en el *Congreso Internacional de Ciencias, Artes y Humanidades "El cuerpo descifrado"*, en sus dos versiones celebradas hasta el momento

Con el presente *Dossier* se pretende dar a conocer algunos de los momentos más significativos en la relación, que se ha hecho cotidiana, entre las imágenes corporales y la cultura de masas cuyos principales difusores son los *mass media*.

Fenómenos como los conciertos de rock que durante los sesenta eran una novedad y ahora representan toda una industria, pero en los cuales siempre se observan imágenes corporales que proponen nuevos ideales, patrones estéticos, formas de actuar ante el mundo, tal es el caso de Jim Morrison o Fredy Mercury.

La música, que también difunde valores o fobias presentes en la sociedad y cuyo papel es el de refrendar tales animadversiones, como es el caso de las canciones de Molotov. El papel del *cómic*, la caricatura y el *fanzine*, que de alguna o muchas maneras representan una nueva forma carnavalesca de presentar la sociedad. Y finalmente, la pornografía mediatizada y el cibersexo, como una expresión muy contemporánea de relaciones meta-humanas y cibernéticas. Evidentemente, en esta entrega no se agotan los temas que tienen que ver con lo corporal en sus diversas expresiones: la moda, los tatuajes, el *piercing*, la cirugía cosmética, la discri-

minación por raza, sexo o discapacidad, son temas que ofrecemos para otra ocasión■

## BIBLIOGRAFÍA

- Eco, Humberto (1968) *Apocalípticos e integrados*, Tusquets Editores, Trad. Andrés Boglar, México, 2006. Fábula.
- Le Breton, David (1999) *Adiós al cuerpo. Una teoría del cuerpo en el extremo contemporáneo*, La Cifra Editorial, Trad. Ociel Flores Flores, México, 2007. Cuerpo descifrado.
- Pultz, John (1995), *La fotografía y el cuerpo*, Akal Ediciones, Trad. Oscar Luis Molina, Madrid, 2003. Arte en Contexto.
- Saltzman, Andrea (2004), *El cuerpo diseñado*, Paidós, Buenos Aires. Libros singulares.
- Yehya, Naïef (2004), *Pornografía. Sexo mediatizado y pánico moral*, Plaza y Janés, México.